

plotar esa industria. Varios acaudalados Yanquis que han ido a fundar grandes factorías de sericultura han fracasado por la competencia de los pobres. Seda, té, arroz y porcelana son los cuatro productos chinos universalmente conocidos y son elaborados en las casas por las familias. Una escuela donde se enseñará a los pobres a trabajar la seda con grandes máquinas, de nada le aprovecharía, porque los pobres no tendrían con que comprar la maquinaria. Enseñando a practicarla, y ese era mi propósito, como se practica en China, los pobres son los primeros en sacar provecho de esa industria.

«Las personas que hubieran de servir de profesores los contrataría yo en China, en la misma provincia de donde soy originario, la de Canton, cuyas sederías son las más afamadas. Ahí no más en la vecindad de mi casa encontraría maestros para traer. Los gastos del Gobierno para fundar y sostener la escuela serían fuertes indudablemente. Pero para empresas de esta clase se necesita gastar, gastar bastante. Es imposible obtener intereses crecidos sin que sea fuerte el capital. China por ejemplo, gasta cada mes sumas enormes en los oficiales extranjeros que están formando el ejército, pero sabe que ese gasto le producirá muy buenos resultados. Del mismo modo el Gobierno de Colombia tendrá que hacer erogaciones crecidas, pero fundaría con esa escuela la riqueza del país.

«Usted va a China y por todas partes ve propiedades cultivadas. Mira Usted elevaciones que parecen montañas virgenes, y si se acerca descubre que son plantaciones de té. Los valles están sembrados de arroz, de morera. Aquí da lástima ir subiendo el Magdalena y no ver a uno y otro lado sino palmas de coco y árboles inmensos. ¿Que grado de riqueza no alcanzaría el país cuando esas comarcas se sembraran de morera? Cuando ya hubiera bastante gente experimentada en el cultivo y beneficio del gusano cosa que, se lo aseguro, se conseguiría en dos años, se traerían de China las maquinillas pequeñas, manejables por cualquiera, que sirven para hilar y tejer la seda, y entonces ya entraría Colombia a hacer competencia a otros países en el comercio de sederías. Esas maquinillas, que tienen en favor de su perfección muchísimos años de experiencia, podrían fabricarse aquí mismo, sin dificultad ninguna, tan pronto se trajeran los modelos.

«En la Costa he visto personas que caminan toda la noche para ir a llevar al mercado de un pueblo una carga de plátanos, la cual escasamente les produce un peso oro. Da lástima ver tanta miseria a cambio de tanto trabajo. La sericultura remediaría esas calamidades. Es una industria hecha especialmente para la gente pobre, para dar de comer a los que fuera de sus brazos, no tienen otro medio de conseguir el sustento.

«Al hacer el contrato para la enseñanza del cultivo de la seda, me proponía también enseñar el beneficio del arroz a la manera china.

Aquí limpian el grano de un modo penoso para el trabajador, y perjudicial para el artículo, pues se quiebran mucho los granos.

«Trayendo las sencillísimas y cómodas máquinas que para eso empleamos en mi tierra—máquinas que, como las de hilar y tejer seda, se pueden fabricar aquí tan pronto se conozcan modelos—se beneficiaba de manera provechosa el cultivo del arroz.

«Si cuando, el año entrante, se reuna el Congreso, estoy todavía en Colombia, haré mi propuesta al Gobierno; si no.... querrá decir que no hacemos nada.»

El señor Flórez ha estado entendiéndose con el Ministro de Relaciones Exteriores y con el Ministro de China en Washington, para ver de establecer ante nuestro país y la República China relaciones consulares que favorezcan el comercio entre los dos países, comercio del cual el señor Flórez hizo el primer ensayo, introduciendo directamente, y con buen éxito, arroz chino a Barranquilla.

Viajeros

Estuvieron de paso en esta ciudad; el Sr. Pedro Salazar de Quetame; y los Srs. Joaquín Carvajal y Arturo Castro, de Bogotá para Orocué el primero y de Quetame para San Martín el segundo.

Salio para San Martín el Sr. Esteban A. Paez y para Bogotá el Sr. José Manuel Fernandez.

Llegaron de Bogotá los Srs. Ricardo Murcia, y Camilo Arango quien sigue para el Vaupés.

Colonización del Guayabero

Artículo Décimo tercero

Si es rico el suelo de nuestras regiones, el subsuelo acaba de despertar la curiosidad de algunos antioqueños. El sólo aspecto de estas tierras y sobre todo de la serranía de la Macarena que ya dejamos descrita en sus formas tan fantásticas, le deja a uno pensativo.... ¡cuantos misterios!

Sal: En el Llano de San Juan, en el punto llamado Talanquera hay una mina de sal que estuvo en explotación, hace unos cuarenta años. En estos últimos años, se han descubierto en la Cordillera, del lado de Uribe, fuentes saladas abundantes y bien cargadas.

Asfalto: Encuéntrase en las faldas de la Macarena al remate del Llano de San Juan; pero es más abundante en el lado opuesto de la misma serranía. Hace unos cuatro años que algunos caucheros dieron aun con una laguna que dicen ser de asfalto y petróleo, y que puede medir cosa de una cuadra. Otros dicen haber encontrado petróleo en varias partes.

Carbón mineral: Abunda en la misma Macarena; abunda, sobretodo en todo el cerro que hace al Oeste de Uribe, entre el Duda y el Chamuscado.

Pero, todo aquello no es de inmediata utilidad, no teniendo todavía objeto, mientras no se aplique a las industrias. Otras minas sin embargo existen que pueden en breve tiempo utilizar tantos recursos naturales y es, abrir a toda la región un porvenir de mucha prosperidad.

Existen no pocas minas de oro.

El que haya en la Macarena minas de oro riquísimas, a nadie en el Llano hace duda, y el haberse explotado las tales minas, en los primeros tiempos de la Colonia es un hecho conocidísimo hasta nuestros días, tanto entre los civilizados como entre los indios. Refiérese aun como por entonces, un cierto señor del Guayabal, para un viaje a la Capital, mandó calzar su caballo con oro. De entre los racionales pocos conocían la mina, los indios eran los que sacaban el precioso metal, trepando por encima de los penascos para después deslizarse a los abismos por medio de bejucos y rejos.

Cuando, por decreto de Carlos III, fueron expulsados los misioneros que entonces eran los Franciscanos, vieron los indios maltratados por los racionales y sin amparo alguno. Había, entre todos, unos diez pueblos en todo el San Juan, entre los cuales hay recuerdo todavía de la Concepción del Guayabero, de Piñales, de Manacal, de la Guanaya, de la Concepción, de Guayabal, de San José, de Pere, del Arama (que es el Pueblo Viejo) y, del San Juan de Arama (Pueblo Nuevo.) Había unos dos mil indios; el número de los racionales sería arto reducido.

Pues bien, cuando se vieron los indios en tanto apremio y peligro, resolvieron un golpe terrible. Mataron a los racionales, quemaron todo cuanto pudieron, destruyeron y disimularon todas las señas o vestigios que llevaban a los minas, y se huyeron a las regiones poco accesibles de los raudales del Guayabero y talvez hasta el Vaupés.

De entonces para acá, muchos particulares han buscado, pero sin los indispensables conocimientos técnicos. Existieron datos escritos bien